

---

# *El historiador*

---

## González y la historia

ENRIQUE M. BARBA

### SENTIDO NACIONAL EN LA OBRA DE GONZÁLEZ

NACIDO EN LA PLATA en 1909. Se graduó de profesor de historia argentina en la Facultad de Humanidades de La Plata en 1932 y de doctor en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en 1934. Actualmente es decano de la Facultad de Humanidades de La Plata. En esta casa de estudios es asimismo profesor titular de historia de América II y director del Instituto de Historia Americana. Profesor titular de historia económica americana y argentina en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires. Profesor interino de historia económica en la Facultad de Ciencias Económicas de La Plata. Miembro titular de la Academia Nacional de la Historia. Ex profesor de historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. OBRAS: Don Pedro de Cevallos y Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López, entre otras.

QUÉ razones nos han inducido a este estudio? Aparte de las meramente circunstanciales, hay otras profundas. La figura de González se señala a la consideración de los estudiosos por muy variados motivos. Su vasta y casi unánimemente aplaudida obra como político ha acuñado una imagen que será muy difícil desdibujar. Se ha impuesto y en tal manera, que los perfiles rotundos de su personalidad como hombre público, superan y empalidecen su dilatada obra de publicista. Si es verdad que en este último aspecto goza de muy merecido prestigio, también lo es que en amplios sectores esa celebridad más que razonada es instintiva y casi supersticiosa. Cuando la crítica serena se detenga ante la ingerente obra de González, ¿ganará esta en consideración o sufrirá mengua? Reducidas sus obras completas a sus justas limitaciones, acallado el coro bullanguero de sus panegiristas, albaceas oficiosos e innecesarios de su nombre, cuando la crítica reflexiva y desapasionada considere sus juicios fundamentales y se advierta que en la entraña del pensamiento de González late

un profundo amor por lo argentino, su ideario mostrará su permanente vigencia. ¿A qué se debe esto? A su carácter eminentemente universal al que llega a través de lo nacional. Todos los argentinos, en alguna manera, se hallan reflejados en el pensamiento de González, todos se sienten tocados por él cuando, dejando a un lado ideas importadas, pone su acento en lo nacional. Esta autenticidad encuentra su cauce natural en la conciencia nativa y su ideario sometido al rigor crítico, puede que limite el campo de estudio al quedar en el cedazo residuos desdeñables, dilatando, en cambio la zona de gravitación. Quiero decir que es muy posible que muchas páginas pasen al olvido pero las que perduren seguirán trascendentes y palpitantes en la conciencia nacional.

#### SOBRE SI GONZÁLEZ FUE HISTORADOR.

Con lo que acabamos de decir corresponde formularnos una nueva pregunta. ¿Fue González un historiador? Y, enseguida, mostrar hasta qué punto sus afirmaciones tienen validez. Sin ser un historiador en el sentido profesional del término puede asegurarse, sin embargo, que toda su obra alienta una profunda preocupación histórica. Todo el pasado argentino, en sus instantes más nobles, en sus quiebros fugitivos o en aquellos sesgos cercanos a la frustración, se agitan en la obra de González confiriendo a sus escritos un indiscutible sabor nacional. La historia viene a ser de esta manera, el instrumento vital que conforma nuestro ser nacional en sus más auténticas dimensiones. Y si la herramienta conduce al artesano a realizar su obra maestra, la historia viene a ser así, en manos de González, el buril que dejará trazada en el metal noble de nuestra constitución social la línea de nuestro destino.

#### LA GENERACIÓN A QUE PERTENECIÓ Y SU MILITANCIA.

Va de suyo que la elección de la herramienta no es, en este caso, tarea fácil. Pues es necesario hacer la propia herramienta. Y a ello se entregó empecinadamente derramando su fervor en las disciplinas históricas, políticas y sociales. La generación a la que perteneció —como todas las que en nuestro país han dejado el recuerdo de su paso— creyó, con suficiencia juvenil, que todo estaba por hacer. Si ello resta continuidad histórica y dificulta la necesaria sedimentación de ideas que configuran los pisos culturales cimentadores de la nacionalidad nuestra, en cambio, en los casi insolentes miembros de esa generación, una gran audacia en el planteamiento de los problemas vitales de la patria. Esto los lleva a una visión

## EL HISTORIADOR

más optimista del futuro irradiando un hasta entonces desusado afecto por lo nuestro. Y precisamente esto, en algunos matices tan imponderable, lo "nuestro" parece haber sido descubierto por esta generación en la que González militó.

### SU FORMACIÓN CULTURAL.

Provisto de un bagaje cultural, en el que los clásicos y los modernos armonizaban, los primeros dejaron en él huella perenne en la ática serenidad de su espíritu, en el cuidado de la proporción y en el sentido del equilibrio. Los segundos en momentos en que la ciencia había hecho impacto y dominaba la filosofía positiva, le infundieron el amor a la investigación con rigor metodológico y el análisis crítico en busca del rasgo distintivo de nuestra constitución social. Comte, Spencer y Taine, por no citar más que nombres señeros, animan muchas de sus páginas más vibrantes. El espíritu positivista aletea en sus escritos en los que los dos primeros dejan en el tamiz restos de agria severidad científica suavizada por la gracia y optimismo del último. Y así, tras la árida e inevitable erudición, campea alígera, fluida, la prosa tersa e insinuante de quien dijo páginas inolvidables transidas de emoción. González es, en cierto sentido, la síntesis armoniosa de antinomias que supo reducir magistralmente. Logró conjugar la verdad científica expresándola bellamente; admirador de culturas orientales y hasta casi un profeso conjuró su influencia enervadora; hombre de partido no supo de concesiones complacientes para los de su facción y fue prudente en la crítica para con sus adversarios. Dominado por la ley del progreso, deidad a la que quemaron incienso los de su generación, defendió ahincadamente las esencias tradicionales de nuestra historia.

### SU PRAGMATISMO HISTÓRICO.

La obra de González no tiene intención histórica y no encontramos en sus escritos, salvo tal vez en *El juicio del siglo*, un estudio cuya finalidad sea otra que la historia misma. Observamos, a lo sumo, alusiones circunstanciales, retratos, bocetos. La historia académicamente concebida, menudamente expuesta, la historia pura, casi aséptica, diríamos no le interesa. La historia es un instrumento y como tal debe manejarlo. Se trata, nada menos, que de crear una conciencia nacional, una conciencia argentina. (T. XI, pág. 622). La historia será su instrumento.

Pero será menester conocer la historia. Sin este conocimiento —primera muestra de su pragmatismo— será imposible la tarea del codificador, del legislador. “¿Cómo atinará la ley —se pregunta— para fijar su espíritu general, ese espíritu que, a la vez que se armonice con el estado de nuestra cultura actual, abra una ruta segura para el progreso de la misma, sin peligro de encontrarnos más tarde en el duro caso de volver a modificar o cambiar las leyes para alcanzar a una cultura que las ha dejado atrás?” Estas preguntas que se formula en un trabajo juvenil: *Estudio sobre la revolución* (Córdoba, 1885) —su tesis doctoral— le dan ocasión para mostrarse, en sus respuestas, informado y formado. “Es necesario que nuestras nacientes generaciones vayan aprendiendo a ver en la ciencia del gobierno una ciencia eminentemente positiva.” Y agrega: “Es necesario que comience a formarse la convicción de que todos los que tienen un pensamiento ilustrado son llamados a levantar el espíritu público a la concepción de la realidad, y esto sólo se consigue apartándose de los odios de partido y estudiando a fondo el alma, la historia y el carácter actual de la sociedad, para dotarla de instituciones jurídicas que cimenten su progreso indefinido”. Esto del “progreso indefinido”, como las inmediatas y rotundas afirmaciones que de seguida hace acerca de la influencia que en el desarrollo del derecho tienen la configuración del país y de su clima, acusa la clara presencia de sus maestros positivistas en general y de Taine en particular. Y perteneciendo y actuando en el movimiento liberal de su época, no se atale, llevado por espejismos engañosos, a sus peligrosos desvaríos. Siguiendo a nuestro Mariano Fragueiro, y seguramente ante el escándalo de los turiferarios del liberalismo de ocasión, dice: “la libertad absoluta, en todo orden es libertad para los poderosos que son pocos individuos; y es opresión para los débiles que forman las masas: es protección al capital, favor al rango aristocrático, y restricción para las capacidades demócratas”. Y para terminar, definiendo de una buena vez la intención que dominará sus estudios y las proyecciones que se promete derivarán de estos, agrega: “el blanco de nuestras investigaciones está en descubrir ese carácter peculiar, ese signo evidente —no tan evidente, si debe descubrirlo— de nuestra cultura propia, interna y externa, además del estudio de nuestras instituciones vigentes para arrancar de su espíritu todo aquello que armonice con nuestra índole y con los fines a que estamos llamados en el futuro”. (I, 175).

#### SUS MAESTROS EN EL CAMPO DE LA HISTORIOGRAFÍA.

Veamos cuales son los autores en los que González ha formado su concepción de la historia. Veamos, también, cuales son los recaudos críticos

## EL HISTORIADOR

conque los estudia. Sería tarea prolija dar la larga lista de autores citados. Baste señalar a uno de los de mayor predicamento: Macaulay, por ejemplo, para comprobar de qué manera le interesan más las ideas generales que el relato pormenorizado de los hechos. Se observará, además, que al aproximarse al autor no lo hace servilmente. Moviéndose dentro de un sistema refuerza, con la lectura, sus propias tesis formadas más en el campo de la filosofía que en el de la misma historia. El sentido práctico y utilitario del inglés será desde entonces el que presidirá la concepción de la historia de González. Aunque critica en algunos pasajes el “criterio demasiado positivista de Macaulay” acepta y hace suyo el concepto de que “la historia de la humanidad es la historia del progreso”. Y tan se encarna en él este concepto acuñado en plena juventud que veinticinco años después, en *El juicio del siglo*, insiste en “la obra interminable del progreso moral” o en la “ley infalible del progreso y la libertad”.

Taine que tan sobria como magistralmente nos ha mostrado las líneas fundamentales de la obra de Macaulay nos dice al referirse a los *Ensayos* que lo importante a los ojos del autor es señalar cuál es a punto fijo el grado de honradez o de falta de honradez del personaje al que considera como jurista y como moralista, según la ley positiva y según la ley natural y agrega: “aduce tantas pruebas, hechos tan ciertos, argumentos tan concluyentes, que el mejor abogado podría tomarle como modelo: y cuando al fin pronuncia la sentencia, se cree oír el resumen del presidente de un tribunal”. Es la concepción adoptada por González cuando afirma que la historia es un juez severo. ¿Cómo podrá compadecerse esta afirmación de que el historiador deberá ser un juez severo con esta otra tan rotunda de que “la imparcialidad en el historiador es absurda”? Aun a riesgo de ser extremosamente prolijo habrá que detenerse en ésta, que constituye lo fundamental en el pensamiento historiográfico de González. Pietamente ceñido está expresado en el capítulo “La historia y los historiadores” de su escrito *Un año de historia literaria*. Afirma que la historia es un cuerpo animado en el que se acumulan los hechos humanos y que estos hechos “son la acción de los hombres, de las naciones, de las razas, como entidades dotadas de inteligencia y de sentimiento, luchando o armonizándose para su existencia simultánea sobre la tierra, de acuerdo con las leyes de su organización. Hay, por lo tanto, en ella todas las fuerzas e impulsos que mueven al hombre, todas las pasiones, los entusiasmos, los fatalismos de carácter o de clima, los sueños de la imaginación, los cálculos del raciocinio; en una palabra, la historia debe ser humana y el historiador no puede en modo alguno sustraerse a la influencia de las ideas o de las pasiones que forman

el fondo más o menos dramático de los sucesos". Y recordándonos a Taine en *Les origines de la France contemporaine*, cuando dice: "...et plus d'une fois, aux archives, en suivant sur le papier jaune leurs vieilles écritures, j'étais tenté de leur parler tout haut", agrega que el historiador: "siente la acción que describe, sufre con las grandes catástrofes, se indigna contra los grandes crímenes, raciocinia con los filósofos, se entusiasma y enardece ante las acciones magnánimas y los triunfos de las virtudes excelsas, y saluda con gritos de júbilo las conquistas de la razón y de la libertad". En lo que sigue González reduce la antinomia arriba apuntada. "Y como al probar su criterio, ha debido adoptar principios determinados, fijos e invariables, se deduce que las acciones serán juzgadas por él, buenas o perversas, criminales o laudables, erróneas o verdaderas, según que se ajusten o no al molde de su criterio. Cada uno se cree imparcial dentro de la órbita de las doctrinas o de las creencias, por que combate o que profesa". Y al hablarnos de Bossuet, Laurent y Macaulay dice: "Sus obras son obras maestras, precisamente porque no son imparciales, porque, al contrario, cada uno se esfuerza por que sus teorías encuentren el apoyo de la historia y de ese modo cada uno vacía la historia en el molde de sus teorías". También Vicente Fidel López que había confesado su entusiasmo por Macaulay había dicho poco antes que: "el historiador, lo mismo que el abogado y que el médico son siempre parte: parte paciente unas veces y otras triunfadora: indiferente, ¡jamás!".

No menor fue la influencia de Macaulay tocante al enfoque de González en lo que concierne a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Las ideas liberales del primero en la cuestión se observan en el segundo en afirmaciones como éstas: "la experiencia ha enseñado que el Estado no puede tener religión" y que "deduciendo la doctrina de las severas lecciones de la filosofía y de la historia, jamás podrá subsistir el orden ni la paz pública, mientras haya gobiernos que protejan una religión determinada o la impongan". El primero considera al Estado como una asociación laica encargada de velar y proteger a todos los ciudadanos prescindiendo de consideraciones de tipo religioso. El segundo llega a afirmar que "no puede mirarse sino como un delito contra el derecho natural el hecho de que un Estado obligara a sus súbditos a abrazar tales ideas, o a practicar tales cultos".

#### LA TRADICIÓN COMO CATEGORÍA RECTORA DE LA NACIONALIDAD

González llegó a ser, como queda dicho, la síntesis armoniosa de antinomias que supo reducir magistralmente. Sin ser un espíritu proteico se

## EL HISTORIADOR

observan en su obra, a veces muy cercanas, contradicciones evidentes. ¿A qué se deben? Pese al rigor científico del intento, al denso bagaje cultural con que inicia su tarea, a la información a veces menuda y prolija, a su tendencia, en el campo de lo jurídico, que es sin duda donde más comodamente se mueve, a la esquematización y pese a su formación positivista, González llevaba dentro de sí una fuerza creadora, en la que radica su originalidad, que no cabía dentro de moldes rígidos ni esquemas apriorísticos. Esta fuerza que es la visión telúrica de la patria lo sume en tremendas vacilaciones que se traducen en contradicciones evidentes. Y esta fuerza es, en definitiva, la tradición, que para González es la verdadera, la única historia. Si Macaulay le incita a mostrar nuestro pasado en todas sus manifestaciones: glorias e infortunios, lo visible y lo recoleto, el juego de las instituciones y el vivir cotidiano del hombre argentino, la fuerza creadora de la cultura y el atraso y decaimiento que acarrea el analfabetismo, González penetra en ese campo imponderable y vagoroso que es la tradición y la eleva a categoría rectora de la nacionalidad. Y esto, naturalmente, le aparta de sus modelos y reacciona contra ellos.

En el *Estudio sobre la revolución*, escrito en 1885, comienza a insinuar su tesis sobre la tradición que se perfila, tres años después, en *La tradición nacional*. En el primero reacciona contra lo que pocas páginas antes parecía haber abrazado definitivamente. “Al examinar la filosofía de la historia y las leyes ocultas que presiden la formación de las nacionalidades, no somos partidarios del fatalismo de la naturaleza, ni de la raza, ni del clima, ni de la revolución” y agrega que ellos tienen un papel importantísimo en los acontecimientos humanos “pero de ningún modo atribuimos la causa a cada uno en absoluto, porque negaríamos los principales elementos de la historia: Dios y la libertad humana”. No creo que esto último se compadezca con anteriores posturas positivistas y tampoco pienso que el Dios aludido por González sea una derivación de su, en ocasiones, atribuido panteísmo. Aunque no lo dice lo insinúa más adelante, ese Dios es el Dios de los cristianos. Según González la unidad nacional se realiza “en los elementos naturales y primitivos, físicos o morales de los pueblos, como el país el clima, la raza, la lengua, la religión, las leyes”. Rechaza la doctrina de Montesquieu en cuanto atribuye al clima, en absoluto, la razón de la historia aunque acepta, naturalmente, su influencia. Da mayor importancia a la influencia de la raza y en especial al lenguaje y a la religión “que son los atributos que primero caracterizan al hombre”. Por fin, siguiendo en parte a sus modelos pero atento a la realidad nacional de su país, González fundamenta su filosofía de la historia diciendo que habrá que buscar ésta “en un principio

sintético, que comprenda al hombre por completo y a todos los elementos auxiliares y exteriores de su existencia individual y social; hay que indagar su genio y su organización colectiva, su tradición, sus tendencias naturales, para aplicar la ley, mucho más la ley política que tanto se relaciona con el espíritu; pero esa ley debe tener en cuenta, sobre todos los factores naturales de territorio, clima, raza, naturaleza, lenguaje; y espirituales, como sentimientos, moral, derecho, religión, un principio superior a toda idea humana, que se desprende de la naturaleza divina de la razón, que indica una marcha convergente hacia la unidad, hacia un ideal común, aunque éste es comprendido por cada raza de un modo diverso, y sin que esto signifique que las razas han de fundirse en una sola para conseguir este fin”.

También, en cierto momento, reacciona contra el excesivo utilitarismo de sus maestros y del carácter judicial de la historia tal como parecían haberlo entendido Macaulay y Thiers; el primero en *Estudio sobre el pontificado* y el otro en *Historia de la Revolución Francesa*. Ambos, según González, “consideran muy justo y bueno todo lo que logra un éxito completo, pronto se llegaría a una glorificación de la fuerza, de la violencia externa o interna colocándolas sobre el derecho y la justicia universales, siendo así que estas dos ideas supremas deben ser la regla de criterio de la historia.”

Veremos como se conjuga todo lo anterior en la concepción definitiva de la historia de González.

#### NUEVOS TEMAS Y NUEVAS FUENTES.

Cuando en 1888 apareció *La tradición nacional* González envió un ejemplar a Mitre pidiéndole su opinión sobre la obra. El general contestó el 28 de mayo, tres días después de recibido. Las palabras del ilustre historiador nos eximen de la tarea de presentar la obra. Decía Mitre que esta se dividía en tres partes bien diseñadas: 1º) la introducción geográfica, histórica, etnográfica e intelectual en el que el autor desarrollaba el drama de la tradición americana en sus enlaces con la tradición argentina; 2º) la descripción política y social de la revolución por la Independencia; 3º) las conclusiones. Sobre la primera parte decía el general que estaba bien concebida y bellamente expuesta, aunque merecía mayor desarrollo lo que se refería a la “teoría de la evolución de las razas y de la formación de la sociabilidad, que es la base de toda la tradición”. Estaba en desacuerdo con la segunda parte y no muy de acuerdo con la tercera. En definitiva Mitre elogiaba sin reservas los méritos literarios de la obra pero se negaba a reconocer



## EL HISTORIADOR

su valor científico. Años después Carbia, al referirse a la obra de González, decía que pertenecía más al género literario que al histórico.

De acuerdo con los cánones ortodoxos de la historiografía parecería que las críticas apuntadas a *La tradición nacional* son acertadas. Pero la verdad es, a mi entender, que en esta obra, la más endeble de las del género histórico de González a estar a esos cánones, encierra una visión integral del espíritu nacional. Esto es, por otra parte, lo que González se había propuesto desde sus primeros escritos históricos. Debe destacarse, en este momento que la obra que analizamos muestra una estructura totalmente nueva en nuestra historiografía. Por la intención y por el método es distinta a lo conocido hasta entonces e incluso los elementos de información no son los utilizados tradicionalmente. Hipólito Taine en *Historia de la literatura inglesa*, había dicho: Se ha descubierto que una obra literaria no es un simple juego de imaginación, capricho aislado de una acalorada fantasía, sino una copia de las costumbres reinantes y signo de un estado de espíritu. Se ha inferido, por consecuencia, que, atendiendo a los monumentos literarios, podría discernirse la manera de pensar y sentir los hombres siglos hace". El pensamiento del francés se traduce en el nuestro de la siguiente forma: "La literatura de un pueblo es una copia de su naturaleza y de su historia, y lleva en sus creaciones todas las influencias que ellas ejercen sobre los espíritus, los colores ya deslumbrantes, ya sombríos, que combinados, dan al conjunto la animación de la vida." Ya veremos de que manera González da entrada a los textos específicamente literarios entre los elementos primeros para la reconstrucción integral de nuestro pasado. Introduce, también, nuevos temas hasta entonces poco o nada frecuentados que latén en el alma popular.

González trata en esta obra de enlazar la tradición con la historia. Otorga a ambas, cada una en su misión específica, igual jerarquía. La primera viene a ser algo así como la historia embellecida con los encantos que el arte le confiere. Arte, desde luego, desprendido de todo afeite académico nutrido en algo vagoroso y sutil que penetra por los poros del ser nacional. La tradición es la historia que se sabe sin estudios previos, que se da como algo hecho y en forma definitiva; es más fuerte que la historia misma. Su verdad, una vez acuñada, no importa su endeblez científica, se apodera de la conciencia y la domina. Usando sus propias palabras la tradición es una fuerza formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos: "es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de pueblos que no tienen leyes formales y por eso es un culto, y por eso arraiga en el corazón y en la inteligencia, y refleja el genio de la raza que le ha dado vida". "Un pueblo sin tradiciones de su

origen —agrega— me parece que debe sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido a sus padres. Por eso las naciones que no tienen tradición la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos” Y si Víctor Hugo había dicho que la música es el vapor del arte, González dirá que “la poesía y la tradición legendarias son, en cierto modo, el vapor de la historia”.

Señalando cual es el criterio con que aborda su estudio advierte la diferencia que lo separa de los historiadores de escuela y dice: “yo vengo sólo siguiendo el desarrollo del sentimiento de mi pueblo a través de las edades y de las vicisitudes de su vida, escuchando sus cantos nativos, admirando sus proezas de valor que perpetuaron en el relato desnudo de análisis y de doctrina; examinando con criterio mas bien artístico que filosófico sus creencias y supersticiones, recogiendo, en fin, para fundar mis vagos raciocinios literarios, las palpitaciones del pensamiento de la raza, sus evoluciones, sus glorias íntimas, sus aventuras, sus alegrías y sus dolores, en los que la fibra nacional fue el elemento de acción”.

En el análisis de las fuentes literarias que según González reflejan el genio de los habitantes de nuestras llanuras “donde en otro tiempo —ya nos dirá cuando se opera la mudanza— resonó la musa popular con acentos penetrados de esa melancolía dulce y apacible de su cielo y de sus horizontes”, nuestro autor pone el acento en el *Fausto* de del Campo y el *Santos Vega* de Obligado. No olvida las que considera obras maestras en su género y verdaderos poemas nacionales: *Martín Fierro*, *Lázaro* y la *Fibra Salvaje*. De la primera dice que es la obra más completa para conocer a fondo el alma del gaucho pampeano “y su inteligencia aplicada al criterio de los problemas filosóficos, religiosos y sociales de nuestra civilización”. y nos preguntamos: ¿deberá detenerse la historia en la simple comprobación causal de los hechos? Este hurgar en la conciencia colectiva, en el alma del agente protagonista de la historia, será la tarea más noble a la que deberá entregarse el investigador que desee desentrañar el sentido de la historia.

Al referirse a Santos Vega dice que él es “la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que inunda las campañas, desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra”. Estas palabras, tan bellamente expresadas, encierran tanta verdad como todas las áridas estadísticas y la pedantería científica acumuladas en torno al problema del tan manido impacto inmigratorio.

Para terminar con el análisis del método y de la intención de González en lo que respecta al estudio de la tradición como fundamento de la historia íntima, bastarán unas palabras más. Dice que no es su propósito

## EL HISTORIADOR

escribir historia, aun cuando lo hará, “sino acumular los hechos y los principios, los cuadros y los elementos que han de dar el tono a la leyenda Nacional de la época”. Su intento consiste en descubrir “la odisea del sentimiento argentino”, tanto en los momentos de triunfo de la libertad como en los días oscuros de la anarquía y de la guerra civil.

### LA HISTORIA Y LA TRADICIÓN. SU SÍNTESIS.

No importa que González no alcanzara la meta que se había trazado; aún así, muchos de sus intentos frustrados se presentan revestidos del prestigio que confiere una tarea noble y estimulante. El perseguidor de quimeras no es un vago soñador. Sus experiencias más precoces como las más pensadas, esconden recónditas palpitaciones del alma popular argentina. Tal vez el dibujo sea imperfecto pero el colorido muestra a un artista instintivo. Confiesa que su intento no es hacer historia y sin embargo la hace o por lo menos presenta un rimero de ideas que valen por toda ella. No es, ni mucho menos, historia documental y científica, pero lo que pierde en rigor técnico lo gana en encanto poético y en universalidad filosófica. No es la historia de individuos, grupos, partidos o instituciones, es mucho más, como puede que, para otros, sea mucho menos. Lo cierto que para González la tradición nada tiene que ver con la postura jeremiaca de quienes miran con nostalgia el atraso. “La tradición —nos dice— no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que el pueblo le dedica, expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas”. La tradición viene a ser así para González “la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino”. No cabe duda que todo esto configura la verdadera historia. Y si cabe consignar la diferencia fundamental —si la hay— que González encuentra entre la historia y la tradición podríamos señalar lo que sigue. La primera es el producto intelectual, razonado de un escritor que ha mirado el pasado a través de su propia personalidad; en la segunda el autor es el pueblo mismo. Un ejemplo claro de esto lo da al referirse a Quiroga. Dice que “la tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad; ello ha salvado de la vorágine de aquella época la figura de Facundo, sin que falte un detalle al cuadro que trazaron la imaginación, el terror y la pasión”. Y agrega: “Sólo ese grande artista que vive en todos los hombres reunidos, y que se llama el pueblo, pudo trazar su retrato ideal sobre el lienzo impalpable de la historia.”

## LA HISTORIA COMO CIMIENTO DE TODA SU PRODUCCIÓN INTELECTUAL

En su dilatada producción intelectual no se destaca, lo repito, una sola obra específicamente histórica; no obstante, campea a lo largo de toda ella una constante preocupación por la historia. Esta suele constituir, por otra parte, el basamento de sus obras fundamentales. Ya sea que se refiera a la legislación minera (Ver: *Legislación de minas*, libro que se inicia con una breve introducción histórica y en que muestra el conocimiento menudo de la bibliografía que se refiere a la parte argentina) o estudie un problema constitucional. (Ver: *Sistema y forma de gobierno de la Nación Argentina*) o un tema vinculado con el proceso electoral (Ver: *El Censo Nacional y la Constitución*) observamos de qué manera apoya su argumentación en la historia. En el último de los trabajos señalados, cuando parecía que se nos evadía, pues en el transcurso de varios capítulos apenas había rozado el tema histórico, comienza su capítulo VII: *Legislación nacional sobre extranjeros e inmigración*, con estas palabras: “Es hábito académico el que tengo de hacer historia”. En ellas advierte, en páginas breves y densas, que la rápida reseña de la legislación patria sobre extranjeros desde la época colonial “servirá para demostrar la predestinación de este país a ser lo que es hoy, país de inmigración”. El subrayado, que es nuestro, muestra claramente su concepción utilitaria de la historia. Por su posición mental y por su actitud ante la vida —era hombre de acción— la historia, en este caso, no podía pasar de una disciplina subordinada. Como positivista que era parecía traducir el pensamiento de Comte cuando éste daba la acepción de positivo como útil. Significa esta, con las mismas palabras de Comte, que el destino de todas nuestras sanas especulaciones deberán ser enderezadas al “mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una estéril curiosidad”. La franca adhesión a estas ideas explican el pragmatismo que en punto a historia muestra González. Y como a su posición filosófica agregaba que no era sólo un pensador de gabinete no podía satisfacerse con la fría enunciación de los episodios históricos como simples antecedentes. Los utiliza como si constituyeran el principio de un camino que él mismo se ha trazado y que le conducirá a la explicación racional, positiva y práctica del tema principal que le preocupa. Tema este que a la postre venía a ser como el punto de confluencia de los distintos ramales proyectados desde el pasado.

En *Un año de historia literaria argentina*, González precisa los alcances de su pragmatismo histórico. “La historia —dice— es el auxiliar más poderoso de la educación política; y así, ella debe adoptar como norma de

## EL HISTORIADOR

criterio, aquellos principios que tiendan a consolidar la libertad y la constitución, aunque en la apreciación de esos mismos principios, los historiadores se inclinan al lado por donde marchan y al punto de vista del partido que militan". En esta última parte parece alejarse de su modelo Macaulay y de la interpretación vernácula de Vicente F. López quien opinaba que el historiador en su trato con los documentos debía limitarse a sacar de ellos "el colorido y el movimiento de los sucesos que se quiere narrar de acuerdo con el partido y con los intereses que cada hecho ha servido, o combatido, en las luchas del pasado".

### CÓMO Y QUÉ DEBE ESTUDIARSE DE LA HISTORIA ARGENTINA.

A través de su obra, observamos que González no ha dejado en la penumbra ningún tema importante de nuestro pasado. Por el contrario, su tarea, su alto magisterio en el campo de la historia, ha consistido en descubrir facetas inéditas e incitar a su estudio. En este sentido la obra de González es de una insospechada modernidad. En momentos en que el culto al héroe concitaba duelos verbales en los que cada competidor cifraba su éxito en la copia de exageraciones que acumulaba; cuando las biografías, salvo honrosas excepciones, parecían hagiografías; en momentos, en fin, en que los temas ofrecidos a la investigación eran contadísimos, González parece sumergirse en el pasado, bucear en él y surgir mostrando sus manos llenas de asuntos rescatados para la investigación. No olvidemos que a fines del siglo pasado uno de los pontífices de la historiografía argentina afirmaba, con casi total acatamiento, que nuestra historia era toda ella política y había arrojado a su *Syllabus* toda otra preocupación. La acuciada curiosidad intelectual de González le hace asomar a un nuevo y más rico repertorio de temas. No llegó a verlo en su intimidad, le faltó ese rayo de luz que sólo proyectan quienes se entregan de lleno a la investigación, pero advirtió sus contornos.

En *El Juicio del siglo* González desenvuelve todas sus reflexiones y atisbos acerca del criterio con que deberá ser enfocado el estudio de la historia argentina. Advierte que no hará historia ni pretende enseñarla, agrega que "el monumento que se levante a la gloria de la patria deberá asentarse sobre la base inmovible de la verdad y de la ciencia". Aboga por el estudio de la historia colonial que ha de "revelar misterios hasta ahora insondables". "Nuestra nacionalidad será más perfecta y consciente mientras más hondamente pueda atestiguar las vías de su genealogía; y los fenómenos, lecciones y caracteres de su historia, serán tanto más ejem-

plares y docentes, cuanto con mayor precisión puedan determinarse sus orígenes, sus conexiones, sus ascendencias, en el pasado inmediato de los tres siglos coloniales". Hay varias razones que lo llevan a considerar a nuestro pasado como una unidad que no podía quebrarse. Su formación positivista le hacía creer que "los resultados y el peso de las leyes históricas son ineludibles". Y como esas leyes tenían sus raíces en el pasado remoto debía acudir al régimen colonial para encontrar el origen de nuestro destino independiente. Esa posición le llevó a decir que la dirección revolucionaria que surge en Mayo tuvo el buen acierto de no desgarrar del primer golpe la vieja urdimbre del derecho civil romano-hispano-indiano.

#### CÓMO DEBE ENSEÑARSE LA HISTORIA ARGENTINA.

Podemos llegar por dos caminos al conocimiento de las ideas fundamentales de González en torno a la enseñanza de la historia. Uno es el de las afirmaciones sin intención expresa. Son aquéllas que se vierten en temas que nada tienen que ver con la enseñanza. El otro, es el de las opiniones expresadas en ocasión de referirse específicamente al tema. Entre muchos puede elegirse para el primer caso el que sigue. En ocasión de discutirse en el Senado de la Nación, en 1912, la reforma electoral, dice: "He creído siempre que tenemos los que nos ocupamos de enseñar, el deber de decir la verdad, el deber de estudiar, con toda crudeza y sinceridad, todos los antecedentes de nuestra vida política, y mostrarla tal como es, con todos sus errores para hacer posible de esa manera la aplicación del correctivo. Es preferible ser cruel, ser sincero con nosotros mismos y despojarnos de ese falso argumento del "que dirán afuera". "Desde la escuela primaria hasta la universidad, hay que predicar la verdad".

La enseñanza de la historia es para González formativa por excelencia. Tenderá a formar una conciencia colectiva basada en el patriotismo bien entendido. "Las características del verdadero patriotismo consistirá en conocerse a sí mismo, y decir la verdad sobre sí mismo para no caer en ese desgraciado género de patriotismo que consiste en creerse el mejor pueblo del mundo. Es necesario que la Enseñanza y la Educación formen el hábito de juzgarse a sí mismos." Y en esto González enfoca el problema, en forma específica, como educador.

Más adelante agrega que el criterio científico que debe presidir la enseñanza "consiste en crear este espíritu de la verdad, porque todo lo que se edifique fuera de la verdad está destinado a caer al impulso de cualquier fuerza extraña".

## EL HISTORIADOR

Además de patriótica, la enseñanza deberá ser democrática. Todos los quebrantos padecidos por ésta son, en última instancia, el resultado de una sociedad ineducada e inculta. Esta sociedad disformada conduce a la tiranía. Señala González que al elevar el nivel de la cultura pública, los tiranos desaparecerán. Por encima de la enseñanza libresca, los maestros, que no deben ser repetidores mecánicos ni parciales, con lenguaje que llame la atención del alumno e instruya a la vez, deberán inculcar el culto de las fuerzas morales tratando de forjar un auténtico y sano nacionalismo. Temiendo que esto pueda conducir a desviaciones peligrosas advierte la necesidad de que el maestro posea una alta cultura selectiva “para poder acertar en la elección de tipos individuales que ha de presentar a los niños como modelos para la comprensión de la moral personal, eligiendo los hombres superiores cuyo carácter es y puede ser guía de la conducta política y civil de los demás hombres de cada país”.

\* \*

La visión de patria, en sus dimensiones poéticas y sentimentales, ha sido tema casi permanente en González en diversos libros y escritos, empezando por *Mis Montañas* (1893), y luego en *Patria* (1900), en las páginas de “La patria nueva” —incluidas en *Ideales y Caracteres* (1903)—, en *La patria blanca* (1921) y hasta en *Fábulas nativas*, que vio la luz en 1924, después de su muerte; pero las ideas que podríamos llamar históricas, si bien afloran —como queda señalado—, aquí y allá, en tratados de muy distinta índole, toman forma, aunque con distinta nitidez, en dos libros capitales: *La tradición nacional* (1888) y *El juicio del siglo* (1910).

En el primero, el autor de 25 años inquiere apasionadamente en la búsqueda del ser nacional en los hechos del pasado histórico, búsqueda que ahonda con mayor seguridad de pensamiento y estilo en el segundo, donde desarrolla la tesis de que dos leyes contrapuestas, que él llama del odio y del amor, signan el desenvolvimiento del proceso histórico nacional en el lapso de ese siglo (1810-1910), dividido en dos períodos: el de la Revolución, extendido hasta Caseros, y el de la Constitución, que abarca de 1853 al año jubilosos del Centenario. En puridad, ni la obra de juventud ni la de madurez —redactada a los 47 años— son, estrictamente, libros de historia: aquélla, de esencia literaria, es una simbiosis de historia, sociología y hasta de folklore; ésta, más firmemente estructurada, se proyecta, por sobre todo, en el campo de la filosofía de nuestra historia. Mas es justo asentar, al término de este esbozo, y a modo de conclusión, que, como dijimos al comienzo, sin ser González un historiador, su obra reviste alta jerarquía histórica.